

# "Si somos pobres es porque otros son muy ricos"

J. I. Angós  
I. Castellot  
C. Vilda

El obrero típico caraqueño. proviene de los Andes o Estados Orientales. Llegó en el período de 1956 a 1965. Tiene de 26 a 32 años. Estado civil: concubinato. Es más privilegiado que sus padres: estudió hasta segundo o tercer grado. Viven en su hogar siete u ocho personas, entre hijos o hermanos. La vivienda es propia. La construyó él mismo con sus amigos. Se llega a ella por un sendero o por una escalera de cemento que serpentea el cerro. Tiene luz y agua, dentro o fuera de la casa, pero faltan con frecuencia. La basura se bota en la quebrada cercana. Quiere asegurar el trabajo y mejorar la vivienda. No vive en la miseria como fruto de una situación injusta, sino de una fatalidad.

Sus temores: la enfermedad y el despido del trabajo.

Sus características socio-económicas:

- salario siempre corto;
- inseguridad;
- disolución sindical;
- decaimiento psicológico extenuante.

Lo más importante para él:

- que el trabajo sea de su gusto;
- tener un jefe o encargado comprensivo y bueno;
- salario suficiente para no vivir al día;
- trabajo menos opresor y cansado.

Se le llamó esclavo, plebeyo, siervo de la gleba, villano, chusma, jornalero y proletario. Hoy, obrero. El nombre actual es más digno. Pero su nivel socio-

"Si somos ricos, es porque los demás son pobres, es porque las estructuras sociales, políticas y económicas injustamente son tales que nosotros... nos enriquecemos cada vez más, mientras los otros... se hacen cada vez más pobres. Personalmente nosotros no robamos, no transgredimos las moralmente bien revestidas reglas de juego de nuestra sociedad. Pero son las estructuras de nuestra sociedad y sus reglas de juego las que son en sí mismas injustas, expoliadoras e inmorales, aun cuando atribuyamos mucho de ellas a una involuntaria y trágica evolución de la historia y de la sociedad. Si se piensa honestamente, hay que reconocer que es nuestra sociedad la que roba por nosotros, la que nos hace más ricos y nos conserva por añadidura una buena conciencia."

KARL RAHNER, Sermón del 19-12-68 en la Semana de Ayuno por Biafra (Orientierung, 33, 1969, p. 26).

económico sigue siendo deprimente. Sobre sus hombros se afince el pilote más puntiagudo de la sociedad. Viven para trabajar y el trabajo no les da para vivir. Por eso mueren sin haber gustado las alegrías de la vida. La sociedad, ciertamente, ha sido estructurada por y para los opulentos, no a la medida del obrero.

Incapacitados para el ahorro, subdesarrollados culturalmente, protegidos a larga distancia contra las enfermedades mitad por el brujo, mitad por un "inseguro" seguro, desangran sus años emigrando de trabajo en trabajo. Mientras tanto, los patronos, Pilatos de hoy, son testigos inocentes de su crucifixión. Y no se olvidan de la hiel y el vinagre. El trabajador por eso vive estoicamente, fatalista. Hombre sin esperanza, sin rescate ni equipaje.

Lo que más me impresionó al acercarme al obrero fue su anonadamiento. Se siente humillado, marginado, como aluvión de un río. Sabe que él no "cuenta" para nada en la sociedad. Se palpa "cosa", una tuerca más de la apabullante maquinaria fabril. Hombres envejecidos prematuramente, cansados. Se nota enseguida cómo crepita dentro de ellos un ansia desaforada de acabar el trabajo. Después de cinco o seis horas sus ojos buscan constantemente el reloj.

El tema "obrero" se presta a la demagogia. Pero no escribiré retórica. Los datos que apuntaré hablan por sí mis-

mos. Además, la situación laboral ya es bastante explosiva dentro de su callada incandescencia. No es preciso añadir más gas a la chispa.

## UN SALARIO SIEMPRE CORTO

"Los sueldos del obrero siguen en cierta manera el índice de productividad, aunque éste progresa más rápidamente que el índice del salario real."

Los sindicatos, siempre timoratos, se conforman con subir los salarios nominales, aunque, luego, el costo de la vida les deje un salario real tal vez menor.

Es normal que un obrero entre en una fábrica con un sueldo diario que oscila entre nueve y quince bolívares. A los tres meses se juega con la posibilidad de que le suban dos bolívares más y cuatro al cabo de un año, si no es que se le bota para evitar este aumento. La mujer gana menos: entre siete y once bolívares.

Por otra parte, las familias de obreros y campesinos en las cuales se da la mayor tasa de nacimientos, son precisamente las que tienen mayores necesidades primordiales insatisfechas y son las que menos recursos poseen para enfrentarlas.

Conozco a una obrera. Gana 49 bolívares semanales. Se reserva 30 para transporte, comida al pie de fábrica y gastos personales. Con los 19 restantes tienen que vivir ella, su mamá y cuatro hermanitos. ¿Cómo lo logran? Misterios de la pobreza.

Lo llamábamos "el caraqueño". Gana 70 bolívares semanales. Gasta 14 en transporte, 16 en la comida del mediodía (fiada, por supuesto), 5 en tintorería. Entrega 25 a su mamá para las restantes comidas, vestirse, habitación y dinero de bolsillo. Hace un año que no ha podido tomarse una cerveza.

"Polo" llegó a Caracas con lo puesto. Tenía 15 años. Ahora está contento porque ha logrado vestirse. ¿Cómo? Acarreando arena del Guaire al cerro. Le pagan 30 bolívares por mil kilos, que hay que subir en latas. Lograba hacerlo en un domingo. En la actualidad está físicamente fuerte, pero no ha crecido: mide 1,50 de estatura.

La vida social que lleva el obrero está marcada por la insuficiencia de salario. No se casa porque es caro. Simplemente pone una habitación a la muchacha o a lo más se casa por lo civil. El matrimonio religioso lleva consigo: vestido de boda, invitados, fiesta social. Imposible conseguir los 3.000 bolívares que todo eso implica. Desprecian al cura "porque le das un billete de 20 y no te da ni el vuelto". Pero para consuelo de los sacerdotes, desprecia todavía más a los abogados "porque encima de me-

terte en la cárcel, te cobra". Y desprecia todavía más al policía "porque me dio unos rolazos y no se los pude cobrar".

Es característico de su machismo el preocuparse a su manera por los hijos que va dejando por ahí, pero nada por la señora de turno. La señora tiene que estar atenta para sacarle el sobre el sábado por la mañana, hacer con él las compras para toda la semana. La plata que sobre se la beberá en cerveza el marido esa tarde y empezará el lunes de fiado. La señora, cargada de hijos, abandonada, vuelta a casar para ser de nuevo abandonada, repetirá el ciclo dos, tres, cuatro veces, hasta que envejece prematuramente a los 30 años. Entonces se encuentra sin belleza, sin marido, pero con ocho hijos. Terminará lavando ropa. Pero sobre todo terminará cansada, estructuralmente cansada. **La mujer obrera es doblemente esclava: de la sociedad y del hombre.**

La comida es escasa y desigual. Se mordisquea todo el día, pero no se hace una comida con fundamento. Se prefiere la pepsi-cola a la coca-cola "porque tiene más gas y quita más el hambre". Por la misma razón tienen éxito los espaguetis, los menestrones y el arroz, alimentos de pura fécula que casi da lo mismo cargarlos en la espalda que en el estómago.

En estas circunstancias se hambreen las horas extra como la solución a las primordiales necesidades individuales. Los miércoles y jueves, días en que se cierra la contabilidad de la semana, se esfuerzan por redondear el sueldo con unas horas extra salvadoras. Abel estaba ese día contento. Había ganado 38 bolívares ¡trabajando 16 horas! No se dio cuenta que entre descanso y transporte osciló ese día alrededor de la fábrica durante 20 horas y que descansó cuatro. Al fin de la semana estaba tan cansado que se bebió todo en cerveza.

Conozco a José, que en Navidades pegó 30 horas de trabajo "corrido" sin dormir. Conozco a la empresa X, en la que se trabajó todo el mes de diciembre de las seis de la mañana hasta media noche: Lo que antes se llamaba esclavitud se llama hoy horas extra.

El patrón sabe la acuciante necesidad de horas extra y juega esta carta para dividir al obrero y conseguir "jaladeras" y "sapos". Se las arregla para sorrear al inspector de trabajo, pues la ley le exige un permiso explícito para un máximo de 100 horas anuales (recordemos el desempleo). En la práctica el patrón hace lo que quiere, con la aquiescencia en este caso del obrero. Pero este trabajo complementario, querido y buscado, en realidad impide una vida de hombre al obrero y le imposibilita una vida familiar.

Esto es claro. El obrero se va cargando con el esfuerzo y se refugia en el sexo y en la bebida. Allí inconscientemente sublima su machismo y logra la compensación psicológica necesaria para subsistir. Pero ¿a costa de quién? A costa de la mujer, engañada maritalmente, usada como objeto en el amor, robada en su derecho a la vida familiar. En resumen, el salario insuficiente y el trabajo extra como falsa y traidora solución imposibilitan:

- la vida familiar;
- esclaviza doblemente a la mujer;
- ocasiona evasiones en el sexo y la bebida.

## LA ANGUSTIA DE LA INSEGURIDAD: EL DESEMPLEO

En Venezuela de 1950 a 1969 ha aumentado el quintuplo el índice de quienes buscan empleo por primera vez. El cuadro es elocuente:

1965	424.000
1966	466.000
1967	504.000
1968	544.000
1969	584.000

Las consecuencias del desempleo son:

- aumento del auge de criminalidad y delincuencia de enorme repercusión social;
- los políticos caen en la demagogia para captar votos;
- barrios con masas flotantes que viven a la expectativa, al día, en frustración;
- incultura y depravación de los hijos;
- prostitución.

Pero, además del desempleo (o paro forzoso), existe en Venezuela el **subempleo crónico**, ominoso para la Nación. Un 22% de los que trabajan en servicios públicos desempeñan un cargo innecesario. "De hecho, no saben cómo llenar las 8 horas de trabajo." Recuerdo una cuadrilla de Gobernación que no trabajaba más de 3 horas al día. En el mes que trabajaba con ellos ningún día estuvo completa; mejor dicho: acudieron todos únicamente el día que les renovaron el uniforme de trabajo, que, por supuesto, me lo revendieron a mí. Para 12 peones había un chofer de camión que no trabajaba y un caporal que tampoco lo hacía, más un albañil que lo hacía por término medio un día a la semana. Por supuesto, cobraban todos, vivieran al trabajo o no.

Más hiriente, por ser de consecuencias humanas y no sólo económicas para la nación, es el aluvión de obreros venezolanos que hoy es pintor, mañana cabillero, ayer ayudante de mecánico,

otro día buhonero o albañil o carpintero. Y en los interregnos buscará trabajo en una panadería, organizará dupletas; venderá lotería, cargará agua, limpiará carros, venderá café por la calle, cuidará jardines, pedirá plata prestada, deberá el alquiler, comprará a fiado y engañará a las mujeres. Esta legión desorganizada, sin sindicato, sin perspectivas, sin formación; esta legión que consulta adivinos, juega al 5 y 6, acude al brujo, reza a Gregorio Hernández y espera el milagro de su liberación; esta legión que sueña y llora, se emborracha y roba, construye ranchos y hace hijos; esta legión que vive con el padrino o el compadre, siempre marginada, siempre subempleada, siempre semianalfabeta, esta legión desbordante es el precio que la sociedad paga —y paga alegremente— para que exista el country club, las autopistas, las universidades, las fuerzas armadas, las fiestas de 20.000 bolívares, los mustang, la sociedad de consumo y su cochina propaganda.

Para que unos pocos —y el gobierno— sean muy ricos, es necesario que la mayoría sean pobres. Basta darse un paseo por La Yaguara o la zona industrial de Petare para ver las enormes colas de desempleados en busca de trabajo. En cifras: para que la renta "per cápita" anual del venezolano sea de una media de 3.600 bolívares es necesario que el 27% gane menos de 300, que otro 17% gane entre 300 y 600, y otro 30% entre 600 y 1.000. Y hay que repartirlo encima entre las 7 u 8 personas que constituyen la célula familiar.

A esto hay que añadir la inseguridad en la que viven los obreros no protegidos por los contratos colectivos de trabajo (sólo 200.000 gozan de él). "Todos los fines de año despiden cantidad de obreros con la promesa de volverlos a reenganchar. Este año (1969), entre noviembre y diciembre, en sólo tres empresas botaron a 200 para no darles el aumento del primer año."

Los desempleados hacen largas colas a las puertas de las fábricas. Algunos tienen suerte y entran como "eventuales" con un contrato temporal y el fantasma del despido a la primera postura humana que tengan. Los patronos ven con regocijo estas "colas" vergonzosas. Saben que son un estimulante para los obreros que trabajan dentro. Basta un reclamo o un descenso en el rendimiento para que les reemplace uno de los de "afuera".

Las embotelladoras de Caracas tuvieron estas semanas un método muy curioso: los que pedían trabajo llenaban las planillas y tenían que aguardar absolutamente todos los días a la puerta; en caso de ausencia de un obrero fijo lo sustitúan por un día. En las empresas grandes —que en la sociedad figu-

ran como modelo por sus contratos colectivos ejemplares— el 40 ó el 50% de los obreros son eventuales, con un contrato temporal que los deja el margen de las mejoras que tienen los obreros fijos, y sin trabajo al cabo de unos meses; a estas empresas grandes las he padecido personalmente.

Para colmo, es curioso comprobar cómo el extranjero (europeo) encuentra trabajo más fácilmente que el criollo. Y además con frecuencia no entra como peón, sino como encargado o especialista. Nótese que la mediana industria está en manos de extranjeros. Recuerdo que un mes, de 60 solicitudes para abrir nuevas fábricas en la inspección, sólo una era propiedad de venezolanos.

## LA MASCARADA DEL SINDICATO

Ante semejantes situaciones de humillación y angustia del mundo del trabajo su reacción espontánea histórica ha sido la organización clasista nacida desde dentro de los mismos oprimidos para llevar a cabo la propia defensa y promoción a través de la lucha sindical.

En nuestro caso venezolano —como en casi toda Latinoamérica— el trabajador cree poco en el sindicato, pues sus realizaciones apenas están respondiendo a las posibles expectativas o necesidades de los mismos trabajadores. El sindicato, en la práctica, y en el mejor de los casos, es una institución al servicio de los trabajadores, pero no es “los mismos trabajadores organizados”. Se acude al sindicato (que así se les llama a las oficinas del sindicato) como a algo exterior a los trabajadores, algo que “desde fuera” de la empresa puede reclamar, orientar o representar.

El sentido de pertenencia y su consiguiente dinámica de participación activa es muy pequeño en el trabajador. A eso ha conducido la burocratización sindical.

Si a esto añadimos la frecuente ausencia de valores sindicales en los actuales cuadros dirigentes y en los casi inexistentes cuadros de reemplazo, juntamente con la falta de independencia casi general —bien con respecto a los grupos políticos o con respecto al patrono o al Gobierno—, podemos comprender el porqué del ausentismo sindical y el desinterés de los propios trabajadores.

Si hacemos caso a las abultadas estadísticas que con fines de propaganda ofrecen las diversas centrales obreras, tenemos que únicamente el 50% de los tres millones de trabajadores existentes están sindicalizados. Esta cifra se deteriora continuamente, pues de las

80.000 personas que se incorporan anualmente al trabajo, por lo general no llegan a 10.000 el número anual de nuevos afiliados a sindicatos. Y aún es mucho más bajo el porcentaje de trabajadores que participa realmente en las asambleas y trabajos propiamente sindicales.

Todo juega en contra de los trabajadores. Pese a las abstractas declaraciones de la Constitución y de la legislación laboral sobre el derecho a asociarse libremente en organizaciones, normalmente en la empresa en que no existe el sindicato no se puede hablar de organizarse porque a uno lo botan inmediatamente. Pero ni la fuerza de la policía ni el peso de la ley caen contra los patronos de estas empresas —que son la mayoría—; sólo cuando los trabajadores gritan con voz destemplada su dolor y rechazan la ley, hábilmente mantenedora de su explotación, entonces sí se desencadena la represión, se abren las cárceles y entran en funciones los tribunales.

Mientras tanto, los sindicatos siguen mansamente instalados dentro de las reglas del juego que el sistema capitalista les ofrece. Sin revisión a fondo de su razón de ser, de sus ideologías, de sus métodos de formación (por lo general inexistentes), el sindicalismo no es hoy un poder capaz de lograr el verdadero mejoramiento del obrero.

Su política puramente reivindicativa y pragmática, con meros objetivos económicos, continuará siendo otro de los elementos de desvalorización sindical y de desesperanza en el ánimo de los trabajadores.

La celebración del último 1º de Mayo podría ser todo un reflejo de la situación del sindicalismo: escasa participación con apenas 15.000 trabajadores; ambiente folklórico de carrozas carnavalescas y pancartas sin peligro; pacifismo corderil sin apenas fuego interior; consignas abstractas que a nadie afectan, como aquella de “Contra el alto costo de la vida”. Un Primero de Mayo neutro y estéril, de un sindicalismo sin garra y sin visión.

Tampoco hay que ser ciegos para no ver los beneficios que presta hoy en día la existencia sindical. Dociientos mil trabajadores amparados por contratos colectivos es un punto muy positivo. Y el hecho de que el empresario tema la creación de nuevos sindicatos algo significa.

El sindicalismo en Venezuela es aún un niño inofensivo. Con apenas 15 años de actividad, dominados en general por camarillas de infiltrados políticos que se perpetúan en sus cargos y que venden fácilmente a los trabajadores, el sindicalismo venezolano es hoy una fuerza sólidamente conservadora: un antídoto contra todo cambio revolucionario.

Sin revisión a fondo de su razón de ser, de su organización, de sus ideologías, de sus métodos de formación, de su financiación y de sus objetivos, difícilmente será un poder capaz de enfrentarse al poder económico que hoy nos atena y esclaviza. Pero esto no supone perder las esperanzas para el futuro, sino crecer en conciencia de que no podemos seguir como hasta aquí y que se impone una reforma sindical drástica. Y en eso estamos.

## LLUEVE SOBRE MOJADO

“Gano 12 bolívares diarios en la empresa. En cuanto pegue un cuadro del 5 y 6 ya no tendré problemas y me dedicaré al comercio.”

Los obreros también se evaden de la realidad y se sumergen en sueños millonarios y se casan con actrices de cine y beben mucha cerveza y con suerte les cae un billete de lotería.

A otros, la alienación les conduce a la amargura y el odio:

“La única solución es cortar la cabeza al patrón. Odio a todos los ricos. La culpa de toda esta vaina la tienen los jefes capitalistas. Pero el Gobierno está cortao.”

Pura bravata. La realidad es distinta. Como siempre, el pez gordo se traga al chiquito. El obrero carece de defensa económica y cultural. Busca, por eso, la ayuda de la palanca, del compadrazgo, del compañerismo. Hasta que tropieza con la misma piedra y caen en la zanja del pesimismo y amargura. Palpa su debilidad e impotencia; se agría su carácter, surgen zaperocos familiares, una noche cae en una redada, se rasca con caña y su cédula se mancha con una señal indeleble. Desde ese día será culpable mientras no demuestre su inocencia.

Otros se lanzan por la tentación de las horas extra de trabajo para salir de su impotencia. Inconscientes de que con ello friegan a un compañero desempleado a quien niegan la posibilidad de que entre a la fábrica. Y aun a costa de su salud. El obrero, en estas condiciones, sale de la fábrica a los 36 años con la ilusión y la salud roídas, automáta, cansado. Persona a quien el trabajo robó la juventud, la alegría y el porvenir. Candidato a una vejez mendiga.

La cadena sólo se rompe con violencia. El odio es un síntoma de alarma. Si en Venezuela un día suena el chasquido de la “revuelta”, habrá que señalar con el dedo a la Política Laboral por complaciente y reaccionaria y a los Patronos por indolentes y egoístas. Y también a la Iglesia Jerárquica, que guarda silencio. Y quien calla concede.